
Las yeguas finas: una etnografía novelada

Guadalupe Loaeza escribe su primera novela. Las funciones de la narrativa literaria, y los relatos que surgen de ella, apuntan a diferentes objetivos que van desde la crítica, la recreación, la reparación o la construcción de imaginarios compartidos, entre muchos otros. Yo hablaré aquí de las formas en las que esta novela interviene en el registro de la construcción de imaginarios sobre lo que somos, fuimos o aspiramos a ser como mexicanos: la narrativa cultural centrada en las etnografías sobre la clase media. Es decir, comentaré las formas en que el trabajo narrativo de Loaeza, y esta particular aportación, bordan sobre uno de los vacíos culturales de nuestra antropología: existen pocos trabajos que hablen sobre la clase media alta como objeto de estudio; existen pocos textos sobre sus fobias, sus filias, sus amores y sus ascos.

Este trabajo responde, desde un terreno cultural, a un vacío que ya había sido señalado por algunos

intelectuales, entre ellos Bonfil Batalla:

Los estratos medios y las élites latinoamericanas han recibido un atención menor que los grupos subalternos, especialmente en términos de cultura. Ha habido estudios significativos sobre grupos empresariales y sobre capas dirigentes en el ámbito político, pero los enfoques rara vez destacan los aspectos culturales: se sabe muy poco sobre la cultura de las clases dominantes [...]. Este campo permanece casi virgen para la investigación sistemática y las reflexiones más agudas provienen de escritores y ensayistas (p. 36).*

El trabajo literario/autobiográfico/etnográfico de Loaeza ofrece relatos, interpretaciones y escenarios para visibilizar las entrañas y los motivos, las miserias y las pasiones de las familias y los grupos que componen nuestras clases medias altas mexicanas. La función del relato es siempre la quebradura, reorganización o resignificación de un pre-judicio a partir de la develación de un secreto. La narración de Loaeza está cargada de los juicios previos a las opiniones dominantes sobre el "otro" y recargada de su traducción, entendida ésta como la develación de los secretos, las pasiones y "pequeñas miserias" que, organizadas en un relato, dan cuenta de los "in-

* Guillermo Bonfil Batalla, *Pensar nuestra cultura*, Alianza Editorial, México, 1991.

discretos (des)encantos” de nuestras clases medias.

Loeza ha centrado sus relatos en el ámbito de una especie de “develación” de las fobias y las contradicciones de una clase social muy poco estudiada en México. Nos ha acostumbrado a verla como una traductora de las apasionadas aversiones y aficiones de las clases acomodadas.

Hoy nos ofrece un material en forma de novela, que yo leeré en continuidad con su tradición ensayística y etnográfica, que apunta a la visibilización de los escenarios en donde esta clase se debate, se roza, se raja, se abre y se camuflajea.

¿Qué tipo de operación se manifiesta al develar algo que debiera haber permanecido oculto...y más allá, develarlo a “extraños” o ajenos? Uno de los efectos de la visibilidad de algo que debía haber permanecido oculto es el de la acusación de traición.

Esta actividad de “balconeo” y denuncia de los de su propia clase la han convertido en un personaje doble y contradictorio. Para algunos es “traidora” y para otros “traductora” de los lenguajes de clase que se entrecruzan y rozan. Loeza denuncia la ceguera, la sordera, la insustancialidad de su clase; puede ser concebida como “traidora” y bienvenida como “traductora”. Una rara derivación de una “des-lenguada”

que visibiliza lo que debiera permanecer oculto y lo exhibe en sus faltas y sus camuflajes. Sofía, niña de 9 años y personaje central del relato, exhibe estas debilidades al quejarse de su escuela:

Como siempre son las pobres las que reprueban, entonces la inscripción sería muy barata, casi casi regalada. Además, las alumnas y los alumnos utilizarían los mismos textos, así que los papás no tendrían que gastar en útiles nuevos... Hay que pensar en dar espacio a otras niñas y niños mexicanos reprobados...La escuela se podría llamar Colegio del Santo Niño Reprobado (193).

Loeza pone en contacto los, en México impermeables, mundos de los “corrientes,” los “prietos” y los “decentes”. Este paradigma de traducción/traición resalta en el trabajo de interpretación que lleva a cabo. Leemos en *Las yeguas finas*:

¡Qué chistoso! Porque como es dizque de muy buena familia, mis papás se imaginan cómo es de verdad Silvia. Ellos y el padre Pérez del Valle están convencidos de que es una niña muy bien portadita. Seguro que ve todas las películas sólo para adultos de rumberas [...] y nada más lee *La Familia Burrón*. Me pregunto si su papá ya engañó a su mamá y si su novio Edmundo, su “Mundito,” como le dice ella, tiene otra novia al mismo tiempo que Silvia (198).

La autora aborda como tema el último año de Sofía en el Colegio Francés de San Cosme. Traduce, como nos tiene acostumbrados, una

gran cantidad de conductas, manías, fobias, deseos y desvelos de esa clase, en este caso vistos por una niña. Me centraré en uno de ellos: en las formas en que Loaeza aborda la fobia al contacto con el "otro".

La autora parte del corazón de todo contacto, la relación madre/hija. Allí marca la "fobia" original: su madre no la tolera. Ella se contruye, así, como "la otra" de la madre, quien no la voltea ni a ver.

Loaeza invierte y así desorganiza los asuntos de clase y obliga a repuntuar dónde es que están, cómo son y qué hacen las "buenas familias". La de ella por lo pronto la encabeza una madre que no la voltea a ver más que para sancionarla.

Dedica la novela a su mamá, al agente social que interviene, interrumpe, irrumpe en su vida sentimental y emocional. La madre de Sofía es ciega a la otredad, ciega a los accesos entre fronteras que cortan, acercan, delimitan lo diferente. Para ella no existe más que lo uno. El relato que rige es aquel que vincula a Sofía con la madre. Muy cerca de éste tenemos el que la vincula a los demás miembros de la familia, en el que destacan las sirvientas y las hermanas estudiando en Francia, el padre mermado en su economía y en su autoridad y las monjas y maestras del colegio. El relato es el producto del contacto entre mujeres de diferentes extracciones sociales.

A veces la siento muy lejos y no sé cómo alcanzarla. No sé qué decirle. Quisiera pedirle que me cuente de cuando Sofía era una bebita. *Mamá ¿cuándo me nació mi primer diente? Mamá ¿por qué tardé tanto tiempo en hablar y ahora hablo todo el tiempo en la clase? Mamá ¿por qué nunca me sonríes?*

Loaeza reivindica la invisibilidad como capacidad, su madre no puede verla, no la oye, no la huele, no la siente. Esta disfuncionalidad, el no ser vista, la convierte en una habilidad especial. Las nanas se ocupan de Sofía, son las nacas las que le salvan la vida, los "otros," que la cuidan en lugar de su madre. "Ven, vamos a que te dé algo de comer. ¿No te estás muriendo de hambre? Le digo que sí pero no es cierto, de lo que me estoy muriendo es de pena". (46)

Este es uno de los reclamos que atraviesa el relato, la falta, la ausencia de cariño, atención y cuidado de la madre hacia la hija.

Ella viendo por su ventana del lado derecho y Sofía del izquierdo. Ella viendo por su ventana y Sofía por la suya. Boca del Río, Café de Chinos. Se componen petacas en 24 horas...Me llegaba el olor de su perfume. Siempre que estoy sola con ella no sé de qué hablarle... Estoy segura que le doy flojera. A veces la siento muy lejos y no sé cómo alcanzarla. No sé qué decirle (119).

Sofía es una niña reprobada, "una estatua de marfil" (58). Es una niña deficiente, que tiene una virtud: se puede convertir en una niña invisi-

ble. He aquí uno de los dispositivos de traición/traducción: la invisibilidad construida. Sofía se cree invisible, pero sólo porque lo es realmente a los ojos de la garante de presencia y subjetividad: la madre. Ella no ve a Sofía. Esta tragedia del “ninguneo” ella la convierte en una habilidad. Sofía desaparece cuando quiere y es capaz de oír, ver, tocar y percibir sin que su presencia sea notada.

Sin necesidad de tomar mis polvos mágicos, en esos momentos soy totalmente invisible. Todos siguen platicando afuera en la puerta. El novio orejón, la novia mentirosa, mi papá lindo y mi mamá enredosa. Me voy sin despedirme pero nadie se da cuenta ... A lo lejos oigo la voz de mi mamá... ¿De quién crees que es novia la hija de ...? Acuérdate que era brutísima y se peinaba con una peinetas de plata...” (55).

Esta habilidad de desaparecer (siendo invisible a los ojos de los que ama) le permite el dudoso privilegio de indagar en los secretos de los suyos y los de ella misma. La invisibilidad ante los ojos maternos le permite circular entre clases, entre grados, entre amistades que quedan lejos de la mirada autoritaria y purificadora de la madre. Sofía es libre de desplazarse y ver y sentir a otras niñas, maestras, sirvientas, choferes, compañeras, sin el corte que dan las opiniones maternas, reguladoras de las experiencias de las niñas.

La etnografía que pretendo visibilizar, lo camuflajeado, devela trozos de las narrativas que organizan un orden social. En este caso los “segmentos” que Loaeza devela, tienen que ver con los secretos, con aquellos fragmentos de relatos que es necesario disimular: los ascos a las criadas, la solidaridad con la maestra medio naca, medio plebe, la paradójica e inimaginable desconfianza al rico, como ilegal y corrupto, no solamente como aquel en el que todos quieren convertirse.

Además esta monjas, como las del Francés, siempre están haciendo demasiada diferencia entre las ricas y las pobres. “Hay una niña que se apellida Espinosa Iglesias, la tratan como si fuera reina. ¿Sabes por qué?, porque en su casa, además de boliche y cine, en su despensa gigantesca tiene un carrito del súper para que la cocinera pueda escoger lo que necesita para hacer la comida (195).

Este “desliz” de clase se lleva a cabo a partir del desplazamiento del “centro” al “sur” llevado a cabo por el cambio de colegio de San Cosme al Pedregal. Este es un dato central. El colegio perderá, como la ciudad misma lo está haciendo cada vez más, zonas de contacto entre niñas y familias de diferentes extracciones sociales.

¿Qué nos va a pasar a las chicas que no somos ricas y no somos becas? ¿Le harán a mi mamá las mismas rebajas que le hacían contigo en San Cosme? Todo va a ser diferente. Ahora sí que

no voy a llevar al Pedregal mi mochila con el calendario azteca. ¿Tú crees que las chicas de allá lleven las mochilas de cocodrilo o de charol?... Haz de cuenta que las que fuimos contigo somos como de la película *Ustedes los pobres* y las del Pedregal serían de *Nosotros los ricos*. Ahora sí que a fuerzas van a tener que comprarme una lonchera con todo y su termo. Allá no podré llevar mi torta con bolsa de panadería. Y menos podré robármela... Y claro que en lugar de torta, tendré que llevar un *hot-dog* o una hamburguesa con queso amarillo. Y todo eso sale muy caro. Además, ahora sí tengo que tener colores Prismacolor con su caja de terciopelo (191).

Loeza denuncia, o mejor, se duele así, de la pérdida de espacios donde clases medias, altas y bajas, se rozan y se entre-tienen, San Cosme: "Pobres monjas francesas, porque han de pensar que de yeguas finas, sus alumnas ahora se convertirán en potras ricas" (193).

Bienvenida esta obra que enseña a mirarse y a ser mirados en nuestra soledad y nuestros simulacros y no precisamente los económicos, sino los íntimos. Loeza nos ofrece el entramado de economías del afecto que llevan al simulacro y a los más diversos temores al contacto con "los de abajo." La obra anterior de Loeza apunta a la lectura de este trabajo no sólo como narrativa literaria sino como dispositivo cultural para visibilizar y entender nuestra composición social, pasiones y exclusiones que tie-

nen como base el género y la clase. Lo "prieto", lo "moreno", lo "naco" no ligado a los modales y a la sensibilidad, sino al color y la extracción social, juega constantemente en esta narrativa con todas las desventajas. La "prietez" está colocada del lado de las sirvientas que son acompañantes silenciosas de este relato, contrapuntos a la falta de amor de la madre:

"Qué quemadita", me dijo mi hermano cuando me vio por la noche. Mi mamá se separó un minuto la bocina de la oreja para decirme: "Te ves horrible". ¿Por qué odiará tanto todo lo que es moreno? (151).

Lo "güero" y su contraparte, la prodecencia de "buenas familias", es el garante del privilegio de las buenas formas y las buenas familias. Es en ello donde interviene Loeza:

Veo prendido el anuncio de Kiko y arriba, en la ventana, veo asomarse a una señora gorda y güera que dicen que está loca, pero que es de muy buena familia (107).

Loeza entreteje y entre-tiene con asuntos de relevancia policromática.

"Ay, Inés, que buen cutis tienes ¿qué te pones?", le preguntan todo el tiempo sus amigas, todas arrugadas como pasitas. "Crema Pond's y ya." Contesta. Nunca se ha quemado con el sol. Odia a los prietos. Por eso cuando me bronceo en la azotea se pone furiosa y comienza a gritar: "Pareces criada" (121).

Loeza nos deja saber que fueron éstas, a las que no debiera parecerse, criadas y maestras de segunda, las que le salvaron la vida emocional:

Me gustan más las que no usan uniforme y tienen unas trenzas largas y medio deshechas, las chancludas, como dice mi mamá. No me gustan las que se peinan con permanente y huelen a esa brillantina verde que viene en una botellita muy rara o las que se ponen ese perfume que se llama Siete Machos (67).

¿Por qué estos trabajos como el de *Las yeguas finas* son estratégicos? Bonfil Batalla nos acerca a una respuesta, al recordarnos en su libro *Pensamiento cultural*:

La sociedad propia se percibe desde dos perspectivas básicas: es un obstáculo inicial que hay que vencer para alcanzar la realización imaginaria (superar la desgracia de haber nacido en Nacotitlán) y es también —y aquí no hay nada de imaginario— el *instrumento* disponible con el que individualmente se puede cambiar la realidad (Bonfil Batalla 1991: 17).

Loeza también narra los (des)encuentros entre prietas y güeras. No hay cortes perfectos, pero lo pobre, naco y prieto, por lo menos compite en profundidad, saber y sabor con lo burgués, lo culto y lo elevado. Esa es la difícil tarea de traducción de Loeza, permitir la entrada de lo “otro” en las narrativas que otorgan legitimidad a la clase media. Una clase que se de-

bate entre el asco a las “tortas de tamal,” y la admiración al “peanut butter,” alimentos semejantes en su capacidad deshidratadora. Nos cuenta Sofía:

Una chica cachetona toma una bolsa de pan muy abultada [...] Tiene cara de comelona, seguro una de sus tortas es de tamal. ¡Qué asco! [...] Un día me traje una con crema de cacahuate marca *Peter Pan* que su papá le había traído de Estados Unidos. Mmmm, estaba deliciósísima, tenía pedacitos de cacahuate [...] (152).

¿Qué tiene de productivo el comentar acerca de cómo una clase pudiente se revuelve, se comporta, se re-vela frente al otro? ¿Qué hay de analítico, de literario, académico, de morbosos o de simple curiosidad en el hecho de observar a las clases altas mexicanas, como hemos observado en estudios antropológicos o de “cultura popular” al “pueblo”?

En la consideración de un proyecto democrático nacional, que atraviese vertical y horizontalmente nuestra nación, las fobias, es decir los temores, resistencias, repugnancias y aversiones al contacto con el otro, ocupan un lugar central. No se puede ser democrático si el “otro” nacional da asco. No se puede vivir en una república si lo naco, el color moreno, lo pobre, en fin esa otredad nacional es vivida como una deformación de la norma, una irreversible me-

tamorfosis que huele mal, se ve mal y a la que hay que enseñarle muchísimo para que sirva decentemente. Sofía ilustra lo anterior, cuando nos habla de cómo se comporta cuando le da un síncope a Flavia, su nana:

... la pobre de Flavia seguía blanca como una hoja de papel. "Qué tal si me vomito en su boca y la ahogo más". Juro por Dios que Sofía si hubiera estado dispuesta a hacerle de boca a boca, pero esa mañana había despertado con un poquito de anginas. "Qué tal si se las paso y se muere de pulmonía?" "¿Porqué no te imaginas que Flavia es Pilar y le haces de boca a boca?" [...]. Después llegó mi mamá y cuando se lo platicamos dijo que Flavia era una idiota, una bruta y una imbécil. Al otro día llegó Flavia a la casa con un ramo de gladiolas. "Toma Sofí, para ti, porque me salvaste la vida." ¡Me sentí muy culpable! [...] Después de este accidente le pedí a mi mamá que por favor le subiera el sueldo, pero no quiso. "Nada más las empiezas a tratar bien, comen más y luego se largan. ¡Todas son una bola de malagradecidas!" (189, 190).

Uno de los primeros pasos en la construcción de una cultura de la pluralidad, es perderle el asco al otro. Crear espacios en la cultura nacional (la que nos es común en tanto mexicanos) que nos permitan si no la admiración, la convivencia. El drama del cierre del Francés de San Cosme es el drama que llevamos viviendo en el D.F con mucha más intensidad durante la última década. Me refiero al

cierre de calles, el alzamiento de bardas, la proliferación de clubes privados, manzanas enteras de condominios cerrados, universidades privadas, todo lo privado del "otro" que separa a los "unos" de los "otros" y garantiza, no sólo la seguridad, ojalá fuera nomás eso, sino la separación y la homogeneidad. Estamos mejor cuando los otros y nosotros compartimos algunos espacios, como Loaeza insiste en afirmar. La cultura del contacto, más que la de una nebulosa tolerancia, es la verdadera cultura de la democracia. Y no se compra, ni se importa con divisas: se va forjando aquí, día tras día, en la crítica y la superación de nuestra herencia colonial, esos ascos y limitaciones con banderitas de condominio entre los nacos y "nosotros", en el aprendizaje permanente de ver las realidades, gestos y cuerpos que se cruzan y constituyen nuestra nación.

Sofía, nuestro personaje, vive la transición del México tradicional, del México enclavado en el centro de la ciudad, al México privilegiado del Pedregal. La novela es el duelo de la pérdida no sólo de un colegio, sino de una perspectiva y una posibilidad de mezcla, de contacto y de espacios que forjan democracia prácticamente. San Cosme, el Colegio Francés de San Cosme, todavía, y a regañadientes, permitía la mez-

cla entre familias de diferentes medios. Sofía, nuestra niña de 11 años, lamenta “subir” al sur y perder las anchuras de gustos, olores y prácticas que San Cosme, por tradición, permitía.

No puedo decir que el trabajo de Loaeza sea paradigmático en la ruptura de barreras de clase, de género o de raza. Pero definitivamente puedo decir que es pionera en la denuncia de las diferencias de sensibilidad entre clases. Y de la denuncia de los abismos de separación que se están diseñando en toda la ciudad.

El México que queremos, el del contacto sin ascos y la democracia sin melindres, se atora con las formas en que estas clases ven a su otredad mexicana. Huelen raro, comen raro (como si los sangüiches de *peanut butter* no fueran una “aberración” más grande que las tortas de tamal), son diferentes pero con desventajas que se atoran en el sistema gástrico y olfativo. El mejor de los méritos de Guadalupe Loaeza, para mí, es el de interpretar, traducir y develar, desde una posición fronteriza, las fobias que detienen, paralizan y agotan un proyecto de nación equitativa, igualitaria y democrática.

Loaeza perfila estos abismos y nos entre-tiene con su obra. Algunos la tachan de frívola y mala escritora. Creo que no se puede ser profundo y fluido sin una especie

de frivolidad aparente, construida (doble operación que duplica la apariencia y la hace reflejarse sobre sí misma). Loaeza nos enfrenta con una clase media alta, llena de apariencias, de dobles espejos y de secretos.

Esta tarde he descubierto muchas cosas. No sabía que los padres de las señas se emborrachan. No sabía que los ricos tenían problemas como de pobres [...] (52).

Yo creo que Loaeza es una mediadora, un puente que “saca la lengua,” en la medida en que estas clases pueden entenderla, padecerla y amarla. Ha encontrado el tono justo si no para moverla y conmoverla, sí para con-moverla. Creo que esta clase, si es que existe tan compactada [...] no puede oír y entender sus miserias si no vienen de “una como nosotras.” Además, Loaeza se las ha jugado en ser traditora/traddutora. Creo, sinceramente, que desasosegados y balconeados somos mejores personas, por lo menos más cuidadosas. Por último creo también que para la otra, puente mediadora, puedes darnos más duro... Si ya te acusamos de Traidora, danos, Traductora, todo lo que sabes dar.

Marisa Belausteguigoitia

Guadalupe Loaeza: *Las yeguas finas*, Planeta, México, 2003.